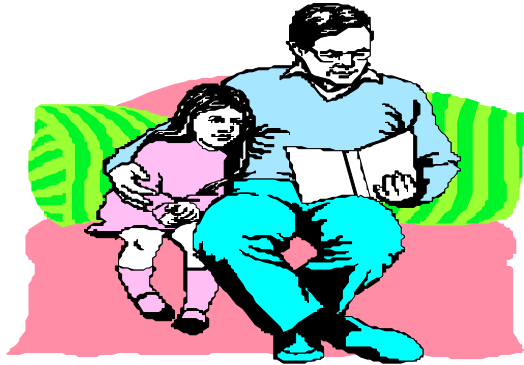


Autor:
Roberto Palomares González.

¿REALIDAD O FANTASÍA?



Escuinapa, hasta hace pocos años que adquirió la categoría de ciudad, era un tranquilo pueblo ubicado al extremo sur de Sinaloa, pleno de tradiciones y costumbres; como lo era el hecho de que la mayoría de la población, se reunía los domingos por la tarde y noche, a platicar en las bancas de madera de la plazuela y caminar alrededor del kiosco que ocupaba su parte central.

Un domingo de éstos, Sergio López, un joven pueblerino de oficio carpintero, llega a su casa cerca de las 11 de la noche; después de pasear con su novia y probar unas nieves en las “carpitas”, nombre que recibían las refresquerías del lugar, y que eran unas carpas de lámina de cartón, bajo las cuales se acomodaban mesas y sillas para las parejas que disfrutaban de un rato agradable, refrescándose con los riquísimos “raspados” de frutas naturales y las tradicionales nieves de “garrafa”.

Después de tomar un vaso con licuado de plátano, con dos piezas de pan de la panadería del “Cuiti”, lo que constituía su cena; Sergio se dirige a la “habitación” para dormir. La habitación, no es más que un cuarto con paredes de ladrillo y techo de palma, que es la prolongación del cuarto de sus padres, aunque el de ellos contaba con techo de teja.

El cuarto es amplio y Sergio lo compartía con dos de sus hermanos, que esa noche iban a llegar hasta la madrugada, porque habían ido al baile de los “Muecas”, que se realizaba en el “Centro Social Hidalgo”, lugar de los bailes públicos, bodas, quinceañeras y festejos de quien tuviera para pagar por su uso. Separados, aproximadamente por un metro de distancia, se encuentran alineados tres catres de jarcia en donde duermen sus hermanos y él.

A un costado del catre de Sergio, se encuentra una silla en donde suele colocar objetos personales. Antes de dormir, se dispone a leer una novelita de vaqueros de “Henry Keyston”, como comúnmente lo hacía antes de dormir, sin importar la hora para ello.

Se desvistió, quedando en traza solamente, pues el calor en ese verano era agobiante. Después de una hora de estar leyendo, se dispone a dormir, y apaga el foco, dejando en la semi-oscuridad el

cuarto, pues la luz de la luna se filtra por entre unas delgadas cortinas, que hacían la función de pared frontal en la habitación.

Antes de conciliar el sueño, de manera repentina desfilan por su pensamiento, los relatos de terror que contaban sus amigos, sus padre y su pa' Ramón en las reuniones después de la cena; en ellos se mezclan la leyenda y la fantasía del arrastre de cadenas en un cuarto de la casa de su tío "Pioco", el "charro sin cabeza", "las bolas de fuego" en los alambres de la luz, el "perro negro" y muchas historias más que lo hacen sentir un poco inquieto y nervioso a esas horas de la noche, lo que se ve acentuado por la soledad en que se encuentra.

Sin tener clara conciencia del tiempo transcurrido, Sergio, tiene la sensación de ser observado mientras duerme; y sin moverse de la posición en que se encontraba, abre lentamente los ojos y...

Frente a él se encuentra un enorme perro negro, sentado sobre sus patas traseras; erguido en sus patas delanteras y mirándolo fijamente, a unos cuantos centímetros de su rostro.

Sergio sintió que el cuerpo se le paralizaba del miedo al animal. A pesar del calor veraniego, sintió que de sus poros brotaban finas gotas de frío sudor. Pensando que si hacía cualquier movimiento, sería atacado por la bestia, no se atrevía a mover ni un músculo del cuerpo; ni tan siquiera se atrevía a cerrar los ojos.

En esa posición, frente a frente, mirándose mutuamente a los ojos, transcurrieron varios minutos que a Sergio le parecieron horas. Después, al ver que el animal no tomaba iniciativa alguna, se empieza a tranquilizar momentáneamente y a valorar la situación. Las opciones que se manejaban en su atribulado cerebro, eran muy limitadas; por un lado, estaba gritar y ahuyentar al enorme perro; por otro lado, levantarse sorpresivamente y salir corriendo del cuarto.

No muy convencido de estas opciones, pues encerraban el riesgo de verse atacado por el perro, se fue aferrando a una tercera opción: Tratar de encender la luz, ya que el interruptor, se encontraba al alcance de su mano.

Con el ligero temblor de sus piernas, los ojos extremadamente abiertos y fijos en el animal; sintiendo las palpitations del corazón en su garganta; y conteniendo la respiración, alarga la mano hacia el botón del interruptor.

Su mano avanza lentamente, centímetro a centímetro, mientras trata de controlar el temor que le producía una angustia paralizante. ¡Por fin! Su mano toca el botón. Encomendándose a la “Virgen Retocada” enciende la luz, y...

El enorme animal ¡desapareció como por arte de magia! En su lugar se encuentra una silla, en cuyo respaldo, mal acomodados, se encuentran el pantalón y la camisa que Sergio se quitó para dormir. Las mangas de la camisa colgaban del respaldo, el cuello asomaba en sus dos extremos y dos botones plateados brillaban con la luz del foco.